

miércoles, marzo 05, 2008

## Qué mala sombra, para una vez...

Esta mañana, al salir a la calle, encontré la acera cubierta de sangre y, desperdigados, brazos, piernas, manos, algún que otro zapato y hasta, junto a la papelera al lado del semáforo, un bolso de señora.

No entiendo cómo rayos pudo llegar a una acera de este barrio, por el que nada más transitan gentes de medio pelo, hombres toscos de esos que se rascan los huevos donde les pilla, adolescentes repugnantes que alardean de a cuántas jovencitas desvergonzadas han violado, mujerucas zafias de pantorrillas torcidas y culos gordos y un extenso muestrario de zorras, un bolso de señora.

Miré a mi alrededor y no había nadie lo suficientemente vivo como para que le alcanzara el resuello el mínimo de tiempo para poderme acusar de “aquella ha sido” ... porque el bolso era bueno, de piel, y habida cuenta de que, ya digo, todos estaban muertos o casi, es bastante probable que lo que pudiera tener dentro nadie lo hubiese tocado.

Pero me dio no sé qué, o a lo mejor pereza.

Empiezas a hurgar en un bolso y te puedes encontrar cualquier cosa. Fotos, por ejemplo, de niños zampones o esmirriados; o de maridos con pinta de patanes. O una tarjeta de la seguridad social o una receta de algún medicamento para la artrosis...

Pero aquel bolso era demasiado bueno como para contener semejantes mamarrachadas. Tenía que pertenecer a alguna guarrindonga rica de esas que se casan con tipos muy dandis y, los niños, caso de que no los hubiese abortado a su debido tiempo – esto es a las treinta o treinta y dos semanas de gestación – tendrían aspectos saludables y serían guapos.

¿Por qué los ricos son guapos y los pobres feos?

Pues no lo sé... Pasa como con los gustos.

El caviar, por ejemplo; o las ostras. A los pobres no les suelen gustar.

Yo me digo que eso es por falta de costumbre; se habituaron desde chicos a la mortadela y al fuagrás y, luego, ya no hay

forma de encarrilarlos hacia lo exquisito.

El jamón, mira tú, ya es otra cosa; el jamón hasta al más imbécil de este mundo le gusta. Y cuanto mejor es el jamón más le gusta; sobre todo si el imbécil es además paleta. De pueblo, sí.

Eso debe de ser, **me digo yo pensando**, porque los paletos suelen ser de pueblo; y en los pueblos crían y degüellan a sus propios cerdos, y un jamón de cerdo criado con amor por sus dueños y con vistas a antes o después comérselo, pues... es tan bueno si quieres como la mejor pata negra.

Pero bueno, que a lo que iba, que no miré a ver qué había en el bolso y me quedé por ahí, por entre los trozos de persona mirando este brazo, aquella pierna, una cabeza con la tapa de los sesos levantada, con la ilusión de encontrarme con que los reconocía como de alguno de mis vecinos más odiados.

Aunque no los odio a todos — en esta casa hay casi cincuenta pisos, que a tres o cuatro cretinos por vivienda... Y yo no tengo el corazón tan grande —, o no siempre, o no por cualquier chorrada sino por (por centrarse en una razón de un poco peso así como que un poco más concretamente) algo tan concreto como andar todo el puto día subiendo y bajando en el jodido ascensor.

Y es que, a cualquier hora del día o de la noche, que quiera subir o bajar ya sea para sacar al perro, o ir al supermercado a codearme con las gordas del barrio, o ir a poner de comer a los gatos, el ascensor de los cojones está siempre subiendo o bajando. Entonces me quedo ahí, apoyado un hombro contra la pared, y enciendo un cigarrillo esperando, haciéndome la ilusión de que tengo una metralleta, y soñando despierta que va a querer la buena suerte — idiota del culo que soy cuando debería ya saber de sobra que la suerte buena no quiso jamás para mí nada — que el ascensor se pare ahí, justo en mi piso, enfrente de mí, y que al salir de él el gilipollas de turno lo acribillo a balazos y... ¡hala, éste ya ha dejado de fastidiar para siempre!

Ah. Odio también — bueno, lo odiaba —, aunque no era vecino mío, a un engendro bajito y barrigudo, con bigote, que era portero de a la vuelta y, un día, porque mi perro levantó la pata delante de su puerta se vengó él taponándome la

cerradura de la mía con caca; pero, ya digo, lo “odiaba” porque hoy me he llevado la alegría muy grande de encontrármelo ahí, despanzurrado. Ese era de los que no estaban bien muertos – quiero decir del todo –, y aún gemía; así que por si todavía conservaba alguna terminación nerviosa en condiciones le aticé una patada en los... (Exacto).

Otra cosa que me saca de quicio son los semáforos; eso de esperar a que el mamón del muñequito verde tenga a bien el ponerse ahí, en verde, de una maldita vez... Yo no sé si a otra gente le pasa, pero cuando quiero cruzar las calles llego a pensar a veces que no cambiará ya nunca, y que me quedaré esperando como un pasmarote para siempre. Me entran entonces unas ganas horribles de buscar un palo y, como hacía un paralítico muy cabrón – el cojo mantecas, se llamaba – que iba a todas las manifestaciones que había fueran de o contra lo que fuesen hace unos... no sé, veinte años, liarme a garrotazos con el hijo de puta del semáforo. Pero casi nunca hay un palo a mano... o una piedra cuando, una vez que el maldito semáforo se pone de una puta vez en verde, un conductor chulángano va y se lo salta; porque tiene que ser una auténtica gozada estamparla contra el cristal, y hacerlo añicos, y, lo mejor de todo, partirle al tipo la jeta. Y después de lo de la patada en los testículos me fui a mis cosas, algunas tontadas que tenía que comprar y todo eso, y a la farmacia, con una receta...

Pues, bueno: cuando volví me encontré el ascensor subiendo, o bajando.

¿Pero es que – interpelé a los hados de mi adversa fortuna – va a resultar que de entre tanto muerto ninguno es de esta casa; o qué?

Y alguno habría, claro.

Pero pasa, ya he dicho, que la casa es muy grande; y por muy con el pie derecho que se levante una de vez en cuando...

Publicado por afroditita en 22:19 

Etiquetas: [de los papeles de un baulito chino](#)